

DOMINGO 25 ORD. (C)
NO PUEDES SERVIR A DIOS Y AL DINERO

Cuando Dios creó el mundo, nos confió todo para nuestro uso y beneficio. Pero la adquisición y el uso de las cosas en el mundo han alejado a los seres humanos de Dios y han hecho que los ricos traten a los pobres y necesitados como objetos. Debido al dinero, los demás seres humanos no son considerados personas dignas. Los que no tienen son pisoteados por los que tienen.

Esta ha sido la práctica incluso antes de la venida de Cristo. En la primera lectura, el profeta Amós fue enviado al Reino del Norte para predicar a los líderes y a los ricos que estaban engañando a los pobres. Incluso despreciaban la observancia de la luna nueva y el sábado, celebraciones para honrar a Dios. Los pobres eran obligados a ofrecer más bienes por muy poco dinero porque alteraban las balanzas para favorecer a los ricos. Pero Amos les recordó que sus delitos fueron hechos ante el Señor.

El mayordomo del que escuchamos en el evangelio también estaba engañando a su maestro para enriquecerse, pero sus fechorías también fueron expuestas. Él utilizó una forma astuta para corregir sus errores. Incluso su intención no era buena. Quería ser aceptado en las casas de los deudores en caso de que perdiera su trabajo. Tenía una intención egoísta y codiciosa, pero fue alabado por su maestro. Pensaba en el futuro de su vida. ¿Cuántos cristianos están preocupados por el futuro de sus vidas espirituales?

Es cierto que no podemos servir a dos maestros, amaremos a uno y odiamos al otro. Esto se puede ver en todos los aspectos de la sociedad en que vivimos. Los fabricantes de muchos productos han facilitado la vida, pero al mismo tiempo el motivo detrás de lo que producen es maximizar las ganancias y, a veces, no tienen en cuenta los efectos negativos en los consumidores.

Los cristianos también están ocupados con diversas actividades al punto en que ir a la Iglesia es un negocio de medio tiempo. No somos diferentes de las personas en la época de Amós. Los asuntos espirituales quedan en un segundo

plano. Adoramos y rezamos a voluntad y a nuestra conveniencia; Hay poco o ningún compromiso.

Los líderes de las naciones y los gobiernos, y aquellos en la oposición en todo el mundo, están interesados la mayor parte del tiempo en ganar poder y, por lo tanto, lo que puedan hacer para lograr eso es lo que persiguen. Muy pocos tienen el interés de la gente común de corazón. Agradar a Dios no es un factor en sus planes. San Pablo nos dice, como le dijo a Timoteo, que Dios quiere que todos se salven. Por lo tanto, "se ofrecerán súplicas, oraciones, peticiones y acciones de acción de gracias para todos, para los reyes y para todos en autoridad, para que podamos llevar una vida calmada y tranquila con toda devoción y dignidad". Es muy importante rezar por los que tienen autoridad y los ricos, porque tienen una gran influencia en la sociedad. No sirve de nada quejarse; la oración atraviesa las nubes y el cielo.

De nuevo, San Pablo nos aconseja a que "en cada lugar los hombres deben rezar, levantando manos santas, sin enojo ni discusión". Levantar las manos en oración es rendirse a Dios. Esto se demostró cuando los amalecitas se enfrentaron a los israelitas en la batalla; "Cada vez que Moisés levantaba las manos, Israel prevalecía; y cada vez que bajaba la mano, Amalec prevalecía "entonces sus manos fueron sostenidas por Aarón y Hur, en oración y Israel ganó la batalla (Ex.17: 8-13).

También debemos darnos cuenta, como lo hizo el mayordomo, de que todo lo que tenemos y poseemos no es sinceramente nuestro, sino que en verdad pertenece a Dios, nuestro Maestro. El dinero no es nuestro; el tiempo no es para nosotros; el poder y la autoridad le pertenecen a Él. Somos guardianes de todo lo que poseemos. Todos los días, la adoración a Dios y la oración deben ser lo primero en nuestra agenda. También debemos considerar cómo nuestro comercio y el trabajo que hacemos agradarán a Dios y beneficiarán a los pobres, los necesitados y los marginados. Cada cristiano está llamado a ser honesto y confiable en las cosas de este mundo para recibir algo grandioso, es decir, la salvación de su alma.